

Heroínas del Silencio

Pedro Álvarez Gutiérrez
pedroagotur@gmail.com

Resumen

De Miguel Delibes hemos aprendido, para su desgracia, que el silencio es una de las formas de comunicación más potentes que existen. Una expresión particular, que desde una perspectiva subalterna es capaz de llegar a metas con una elegancia difícil de vislumbrar. Un elemento clave en la mediación de ideas y, más importante aún, de voluntades. Un arma de doble filo que, mientras permite la cohesión y da rienda suelta al mayor de los ingenios interpretativos, sacrifica gran parte de la presencia del mensaje que trata de plasmar. Y aún no siendo lo mismo callar y que te callen, podemos encontrar la virtud en ambos comportamientos, uno es elegante, el otro valiente; uno mantiene la vida, el otro permite el recuerdo. Es a través de lo que no dicho donde encontramos la voz de las desplazadas intelectuales, aquellas pensadoras que sin hacer eco en la posteridad, crearon un gran estruendo en su presente.

Palabras clave

Leoncio, Batis, Temista, Teófila, Querestrata, Nicio, Hedia, Erotio, Mammario, Boídon, Fedrion y Plotina.

Oda a María Zambrano

*La palabra y la libertad anteceden a la realidad extraña interruptora ante el ser no
acabado de despertar en lo humano.*

El pensamiento de María Zambrano se nos hace extraño. Una figura atravesada por multitud de corrientes intelectuales, una tempestad de ideas difusas que encuentra su faro en la poética. Desde Ortega y Gasset, pasando por el trágico Miguel de Unamuno hasta llegar al pensamiento más recóndito de Seneca, la escritora nos muestra cómo existe un bellissimo conocimiento en lo oscuro. Una maestra experta en los finos trazos que separan la literatura de la poesía de los dogmáticos ensayos, que es capaz de ver en la mediación de ideas el perfecto abono para la recta razón. El momento en el que el símil se convierte en paradoja, pues en cuestión de ideas, cuantas más guías lleve el pensamiento, más se aleja de la rectitud. Teniendo la capacidad de hacer un tratado analítico, opta por la belleza del desorden, del esteticismo de la palabra misma y de la voluntad que antecede a la acción. A los ojos de los antiguos filósofos, como ella misma indica, revive la figura del sabio, aquel que se mantiene quieto ante la inmensidad de lo real, aquel que no efectúa movimiento físico sino intelectual. Al igual que Platón a la orilla del río junto a su hermoso alumno, o que Zeus sentado en su jardín viendo la caída del rey de Asia.

Zambrano es aquella persona que identifica que algo es razonable porque es bello, que es bueno porque le conmueve, que se percata del éxtasis porque tiene la capacidad de sentirlo. No necesita hablar, pues ello ensuciaría las categorías que el ser manifiesta. No necesita ser pedante, ni redundar en la explicación, pues a buen entendedor le sobran palabras. El silencio es la herramienta de los que entienden que hay vida en Agua Zarca, que las generaciones se regeneran como la corteza de un roble y que hay razón más allá de la trágica acción directa. Hasta los dioses cuando interpretan el papel de simples bestias haciéndose pasar por seres humanos, pueden volver severamente humillados al Olimpo.

Son el silencio y la belleza los hilos que tejerán este breve ensayo y como tal, no podía empezar nombrando a otra pensadora que no fuera María Zambrano. Una escritora que reflexionó de forma profunda pero suave, sin ahogamientos teóricos, sin orejeras que no le permitieran tener una amplia visión de la realidad. Una autora que se reveló contra la dictadura de la razón de forma más honesta, si cabe, que el gran escritor charro. Que no se deja adular por la ascética pulcritud estoica, pues sabe de sobra que “Ninguna ética puede rechazar enteramente el terror de la muerte. La estoica desgrana

la razón, dividiéndola para que penetre inútilmente” (Zambrano, 1977). Aquí termina la oda a la patrona de este texto.

Introducción

Este breve artículo parte de una doble convicción histórica. La primera de ellas es considerar el conocimiento histórico como un saber construido a posteriori, es decir, a pesar de que el hecho histórico es algo veraz, las causas y los contextos en los que se produce tienen carácter interpretativo. Este carácter interpretativo es voluble en el tiempo, haciendo que la visión que tenemos de los acontecimientos pasados se derive de las concepciones establecidas por la idiosincrasia impuesta en el presente. En este punto creo que es conveniente desarrollar o construir un pasado que sea apropiado para la época actual. Dejar que los villanos de antaño nos abran la verja de nuevos jardines vírgenes. Explorar en la historia perspectivas que se han dogmatizado como perversas y dejar de adornar, que no destruir, ciertos ídolos crueles. Como se verá en las siguientes páginas, la solución a los problemas éticos debe partir del diálogo, no del conflicto abanderado.

La segunda convicción se deriva directamente de la primera, pues el refuerzo epistemológico histórico es de una fuerza inquebrantable. No se puede pretender ir a una guerra cultural sin la bendición de los dioses, si no hay héroes que inspiren valentía y coraje en el corazón de las personas es mejor no presentarse a la batalla. Si pretendemos crear una filosofía que sea cuidadosa y responsable, y entendemos que hacerla germinar en los márgenes del pensamiento es la forma correcta de lograrlo, debería de haber una historia que refuerce esta idea. Como decía el gran analista de la historia universal, debemos de acercarnos al conocimiento histórico desde el prisma de la razón, pues esta es común a todos los humanos y eso la hace imparcial. De la misma forma, debemos de construir una historia que se ajuste a las necesidades y problemas de la actualidad, del mismo modo que Hegel lo hizo en su época.

El Silencio

Lo que no se dice

Rescatar la figura de María Zambrano no es algo baladí. A la madura edad de cuarenta años escribió un tratado llamado *El pensamiento vivo de Séneca*, que trata en un primer plano de reivindicar a la persona que fue pensador y político, más allá de su obra escrita. Hay una idea sobre la que pivota toda la obra, que me parece imprescindible para dilucidar el pensamiento de Séneca, la mediación. Da a entender que una de las

grandezas del político romano fue la de ser un mediador en todos los sentidos de la palabra, sin importar la circunstancia, siempre estuvo en medio.

“Porque no vemos en él una razón pura, sino una razón dulcificada. Porque no es enteramente un filósofo, sino un mediador sin sistema, sin demasiada lógica; porque el pensamiento que él mana no es coactivo, y tiene algo musical. Son acordes que acallan, aduermen y suavizan, al revés de otras filosofías que nos obligan estar horrorosamente despiertos. Vemos en él a un médico, y más que aun médico a un curandero de la filosofía que sin ceñirse estrictamente a un sistema, burlándose un poco del rigor del pensamiento, con otra clase de rigor y otra clase de consuelo, nos trae al remedio. Un remedio menos riguroso que, más que curar, pretende aliviar; más que despertarnos, consolarnos”.

(Zambrano, *El pensamiento vivo de Seneca*, 1944)

Aunque no lo hace en estos términos, en un momento de la obra nos explica cómo la época que le tocó vivir al sabio no se regía por los mismos principios ni necesidades que la de los grandes filósofos griegos. Eran tiempos en los que la égida tiránica comenzaba su reinado, en los que un pensador público no debía de apoyar o rechazar la democracia, sino saber acomodarse al yugo del despotismo. Más allá del cordobés, podemos ver esta tesitura en otros autores de la época, como Cicerón o Lucrecio, quienes pasaron a la historia, bien como retóricos, bien como poetas; incluso en las palabras de Zambrano vemos cómo Seneca no era un filósofo al uso, por lo que podríamos preguntarnos si hubo tiempos en los que la filosofía no floreció. Acaso en el milenio que duró la Edad Media ¿no hubo ciencia? Dejemos este tema para otro momento.

La autora nos advierte que Séneca es una figura de corte, entre la razón y el cuidado, entre ese ser estático y esa alma inquieta, entre la aclamada verdad y la desdichada conveniencia. Se debe añadir que existe una brecha todavía más grande, si cabe, que lo ya mencionado, que separa lo que se puede decir de lo que se debiera decir. Recién acabos de mencionar a Lucrecio, a quien un buen amigo suyo, político de profesión, le rescribió toda su gran obra, imaginaos cuan grande debía de ser su atrevimiento. ¿Cuántos peligros han vivido aquellos pensadores que han golpeado su intelecto contra la ideología y la barbarie política? Quedarse callado es la respuesta del sabio, decía Epicteto, una sentencia muy aguda para alguien que escribió cosas tan claras. El

silencio nos deleita con la incertidumbre, con la libre interpretación, aquella que está delimitada por lo perverso y por lo divino. Es la ausencia de voz la que lleva a un emperador romano a hablar exclusivamente de las virtudes de la rectitud moral de Teofrasto, y la misma la que hace que una consejera de la reina Isabel de Baviera las omita cuando explica la realidad de las mujeres que habitan las más bajas condiciones de vida. Son las lagunas en los tratados morales del cordobés cuando ensalza las virtudes del ocio, esa parte de la vida de las personas, que los traductores del siglo XVIII español tradujeron por vicio.

Escribía Giordano Bruno que el universo conocido (en la época) debía de estar delimitado por algo, por lo que ese algo también debía de formar parte del universo. Si la nada ofrece algún tipo de resistencia, quiere decir que es algo. Por favor no me mates Mar por esto, pero esa misma lógica simplista puede usarse para los discursos de la memoria. Todo aquello que no son palabras, son silencios; allí donde no llega la voz, el discurso se expresa callando. No son pocos los autores que entendieron que vale más decir la mitad del pensamiento a que alguien te obligue a no decir nada. Seguramente Séneca prefirió haber sobrevivido al paso de años, siendo recordado como el amigo de los epicúreos, o como aquel que siempre entra en contradicciones, que no haber sido recordado. Posiblemente, le fue mucho más sencillo a un gran maestro de retórica no haber sido concluyente con su opinión acerca de la naturaleza de los dioses, dejando en evidencia a las principales escuelas de pensamiento del momento que haberse creído con la potestad suficiente como para sentar cátedra de forma ruidosa, como hizo su amigo, al que le acabó corrigiendo la obra. Tal vez ese silencio solo sea una muestra de humildad, un bellissimo acto de cortesía intelectual, pero que fuerza esconde semejante sensatez.

El que calla, otorga, dice el refranero español, una complicidad cínica, la aceptación de lo inevitable, claramente un margen de la expresión. Toca sacar a la palestra a una figura que últimamente está cobrando mucha fuerza, y no es para menos. Cristine de Pizán es un referente del feminismo antiguo por méritos propios, su obra *La ciudad de las damas*, no es solo sensacional como muestra de la fuerza y la capacidad de las mujeres, sino que también es un claro ejemplo del germen de las primeras concepciones de la política moderna. Un texto sublime que debería de enseñarse como un punto y aparte, junto con Maquiavelo, en todas las facultades de filosofía. Pese a esto, el objeto de este texto no es el análisis de esta primera obra de la escritora francoitaliana, sino de su continuación, *El tesoro de la ciudad de las damas*. A mi entender, este tratado siendo también claramente emancipatorio, es más político si cabe que el anterior. Es consciente con aquello que la voluntad intrínseca e

impersonal del poder le permite hacer o decir. Es un ensayo que deja entrever de forma bastante directa el funcionamiento de las concepciones políticas en su totalidad, inceptor de lo que un siglo más tarde delimitaría un veterano diplomático florentino.

El tesoro de la ciudad de las damas es una obra silenciosa, no irrumpe de forma escandalosa en los debates políticos, es sutil, cuidadosa, suave como diría Zambrano. Es un texto de consejos, los cuales son pronunciados en forma de auxilio para todas las damas y mujeres que habitaban Francia en el siglo XV. Todo el texto está atravesado por la idea de la mediación, tanto de forma implícita como explícita. A lo largo de los tres libros que conforman la obra, De Pizán va aconsejando a todas las mujeres, empezando por la princesa, siguiendo por las damas de la corte, hasta llegar en último instante a las mujeres pertenecientes al estamento marginal, a llevar una vida discreta pero activa, que no llamen la atención, pero que no se dejen sobrepasar y, sobre todo, que traten de guiarse por la razón y la recta moral. Al igual que Séneca, la escritora francesa es una mediadora, la obra tiene como fin último abogar por la paz y por la buena vida. No en un sentido Bon Vie sino, más bien, como recomendarían hacer los filósofos helenísticos, siguiendo la razón de ser, siendo consecuente con el papel que ocupas en la sociedad y sin meterse en problemas. La mediación se da también en un sentido político, pues para la autora, el papel fundamental de las mujeres de la corte es la de ser un intermedio entre su marido y el resto de personas influyentes, propiciando pactos y evitando las confrontaciones. Un papel político que está estrictamente ligado, a través de la razón, con la huida de la violencia de género, pues una buena dama debe, en primer lugar, tratar de que su marido la trate bien, en segundo lugar, que su cónyuge no se pelee con otros hombres. La mediación implícita se encuentra en el tema y la forma con la que está escrita la obra, pues siendo su primera parte un libro completamente disruptivo para los estándares de la época, esta secuela es más consciente de la abusiva realidad de la que surge. No ataca ferozmente a grandes figuras clásicas como la primera, ni le da a la mujer un papel de libertad, sino subordinada al varón; en todo momento defiende una posición religiosa de facto, no como inspiración, además de un claro refuerzo a todo el sistema estamental.

Es curioso esta deceleración de crítica vehemente, este acoplamiento a un sistema corrupto dado, esta aterciopelada rebeldía. Su mediación sale del silencio, la misma cautela que implora a las damas para con la sociedad, es la que plasma ella misma en su obra. Al igual que Umberto Eco, es plenamente consciente de que el sistema se corrompe desde dentro, que es más fácil abrir una puerta con la llave que golpeándola

con un martillo. Es muy posible que esté cayendo en la sobre interpretación, en un psicologismo barato, pero como decía aquel filósofo alemán; en la historia debemos adentrarnos con la razón, no con la palabra desnuda. Es imposible la mediación sin el silencio, sin la omisión de todo aquello que vaya a crear disputas innecesarias. Pese a la aparente cobardía de este mensaje, el recuerdo de los acontecimientos pasados les da la razón; al igual que quienes utilizando la ironía y el sarcasmo, lograron sortear tantas veces a los censores. ¿No es acaso, el silencio la pieza fundamental sobre la que se construyen estas dos maneras de argumentar?

Lo que no te dicen

La secta epicúrea es una escuela muy difícil de analizar. Las fuentes directas que han sobrevivido al paso del tiempo son muy difusas, tanto las masculinas como las femeninas. Ya hemos comentado que a Lucrecio se le reeditó la obra, que de Epicuro, un autor muy prolífero, apenas queda nada, siendo prácticamente todo lo que se conserva de él lo recopilado por Diógenes Laercio; mientras que, del resto de autores y autoras, lo poco que conocemos es de forma indirecta, a modo de comentarios de Hombres extremadamente sabios, quienes se suelen burlar de este extensísimo grupo de filósofos. Por estas trágicas razones, creo que es más interesante fijarnos en los márgenes de esta escuela de pensamiento que en su epicentro. Poner nuestra atención en los bordes significa seguir con esta perspectiva de medición política impulsada por esa voz previa a la palabra e incluso a la voluntad.

Si algo tienen en común todos los juicios que hicieron los grandes sabios antiguos sobre la piara, es el hecho de que este conjunto de simples hedonistas, no tenían ningún tipo de vergüenza, ni se ocultaban de las discusiones públicas “Entonces Velleio, lleno de confianza, como suelen hacer los epicúreos” (Cicerón, 1998). Podemos pensar que existieron otras sectas filosóficas que llegaron de forma difusa al presente por culpa de su carácter opaco; pero este no es el caso de los seguidores del maestro de la quietud, los cuales, solían irrumpir de manera histriónica en todos los debates candentes de la época. Muestra de esto es que la mayoría de pensadores romanos, quienes vivieron varios siglos después de la creación de las denominadas escuelas helenísticas, siguieron citando y discutiendo las enseñanzas de Epicuro.

Podemos ver el caso de Lucrecio, un personaje especialmente curioso, un epicúreo empedernido, tanto en el apartado moral, como político, como teológico, como físico. Pasó a la historia sobre todo como poeta, pues quienes tenemos la suerte de haberlo degustado, vemos que la memoria (en este caso) ha sido justa con su virtud, aunque no con su figura. No me quiero imaginar qué hubiera supuesto para el

recuerdo colectivo el que no se le hubiese reeditado su obra, o que la historia se lo tomara en serio como pensador. Sus críticas a los dioses y su oda a la necesidad humana son de una brillantez excepcional. Analista del placer erótico, al que no le guarda ningún rencor moral, apologista de la importancia del sexo femenino en la reproducción humana. Otro amigo suyo, ya citado en este texto, como fue Cicerón, quien escribió un larguísimo diálogo tratando la naturaleza de los dioses, reservó buena parte del texto al punto de vista de la piara. Afirmando que la verdad no es ni clara, ni oscura, sino difusa plantea el tratado enfrentando tres cosmovisiones, sin defender personalmente ninguna de ellas. Tanto es así que el propio autor dice en varias ocasiones que él no tiene la intención de decir lo que piensa respecto al tema. Eso sí, afirma que está mucho más cerca de la opinión de los estoicos, que la de los epicúreos: “Aquí terminó la conversación y nos marchamos, Velleio pensando que era más verdadero el discurso de Cotta, mientras que yo creía que el de Balbo se acercaba más a una semejanza con la verdad” (Ciceron, 1998). Es interesante pensar en este momento en la defensa que se cuenta que hizo Sócrates en su juicio por impiedad. La posición del autor en este tratado es cuanto menos curiosa, realiza una comparativa entre las dos principales sectas filosóficas que coexistían en la etapa tardía de la república romana, cada una representada por un personaje; añadiendo dos participantes intermedios, el propio Cicerón, quien no se posiciona directamente, y un pensador pragmático que hace una especie de corrección al epicúreo. No se escapa tampoco de la típica leve ridiculización de la secta epicúrea, tanto en la forma que tenían de expresarse, como en el mensaje que defendían. Aunque este sea un recurso común, si tomamos como ejemplo el de esta obra en particular, me hace pensar esto último como una dualidad interpretativa. Pues es curioso lo que dice el político sobre la forma del dios epicúreo, la cual, parece un chiste con pretensiones; lo que puede dar a entender, que la propia doctrina, en ocasiones, se vendiera como una broma.

Volviendo a Séneca otra vez, y no será la última que aparezca en este modesto ensayo, al contemplar su obra, salta a la vista el sobrenombre que le pusieron algunos pensadores modernos al llamarlo “el amigo de los epicúreos”. Todos sus tratados morales están llenos de citas y de menciones al filósofo de Samos, siendo él quien lo llamó gran maestro de la quietud, en referencia a la importancia de las lecciones de buena vida que hay en sus enseñanzas. Ya hemos comentado anteriormente el tratado *De la vida retirada*, el cual, no solo está incompleto su final sino también su principio, una perfecta oda a la virtud que desprende la filosofía de ese incomprendido e ilustre hedonista. Un sabio que se consideró a sí mismo como estoico, que sus contemporáneos también lo vieron como tal, que según parece, no fue hasta la modernidad cuando se agrietó su hermética filosofía. Caso similar el de otro

compañero de este texto, cuidadoso doxógrafo griego, contemporáneo al siguiente miembro de esta improvisada lista de filósofos, Diógenes Laercio. Autor de uno de los recopilatorios más importantes del mundo antiguo, quien dedicó un libro entero de su obra a tratar la figura de Epicuro. No sé hasta qué punto es justo decir que a alguien se le da más importancia por escribir mayor número de páginas sobre él; aunque si tenemos en cuenta que a lo largo de esos dictados no escatima en elogios y, siendo que lo que a alguien le importa, es aquello en lo que gasta su tiempo en pensar y escribir, podemos opinar que tenía en gran estima al líder de la piara. Es tal el respeto que le tiene, que es el único personaje de la recopilación al que le transcribe varias páginas enteras. Tal es su importancia, por poner en contexto, que le dedica más del doble de espacio, que a un cómico héroe de esta nuestra querida disciplina, como fue Sócrates.

Del inquebrantable emperador Marco Aurelio creo que es realmente significativo observar brevemente su famoso tratado. Leyendo sus meditaciones, un texto digno del mayor de los análisis interpretativos, me sorprendió la cantidad de reiteradas referencias y citas que hay a Epicuro. A diferencia de los autores anteriores, el discurso sobre el filósofo de Samos no está tan enfocado y muchas veces es arbitrario, pues coge las sentencias e ideas que mejor encajan con su teoría de forma partidista. Esto puede deberse a múltiples motivos, empezando por el hecho teórico de que pertenece a una estoa distinta, por lo que el discurso respecto a los anteriores va a ser cualitativamente distinto. Es importante saber que alguien siempre va a ser hijo de su tiempo, y aunque se enfrentara de forma clara y radical contra el extendido cristianismo, siempre acaba uno bebiendo de sus enemigos. Puede considerarse también la edad que tenía al escribir el tratado, o el hecho indiscutible de que era un hombre de estado, con todas las complicaciones y limitaciones que eso conlleva. Lo que sí está claro, es el respeto que aquel gran sabio estoico tenía por el maestro de la quietud, complicando y enriqueciendo exponencialmente su obra.

No por otra cosa, más que por falta de pruebas, podemos decir que de los cinco pensadores que acabamos de mencionar, tres de ellos tenían en buena consideración a sexo femenino. De los otros dos, nuestro retórico favorito y el gran emperador sabio y maquiavélico, no podemos decir lo mismo. De Cicerón nada bueno dice Cristine de Pizán, mientras que, de Marco Aurelio, no sabemos ni podemos intuir nada sobre la cuestión; pues a pesar de haber citas degradantes en su obra, desgraciadamente era el tono general de la época, siendo de la misma índole las que encontramos en Séneca, al cual no metemos en este saco por lo que se dice popularmente de él, en cuanto al trato que tenía con su mujer. De Lucrecio, encontramos cierta importancia de lo

femenino en su obra, objetos de estudio a los que no siega con la oxidada guadaña de lo moral, algo significativo en su presente. Laercio nos menciona a mujeres y su papel dentro de las discusiones filosóficas, cosa que no hubiera hecho si no las tuviera en consideración. Y del siempre controversial cordobés, conocemos a su mujer Paulina, de la cual se conserva una cita a través de De Pizán, quien da a entender que se querían. En un periodo en el que, académicamente hablando, o así lo recordamos, la mujer era poco más que una fábrica de hijos, tener una relación de cariño y cierto respeto es un acto de consideración. Cabe la interpretación de que aquellos que están más alejados de responsabilidades políticas plasman una visión más igualitaria, intelectualmente hablando, de ambos sexos.

Gilles Ménage, afamado novelista, en los malos y buenos sentidos de la palabra, se extraña al considerar que las mujeres no fueron partícipes de la filosofía estoica, pero sí del pensamiento epicúreo. Flaco decía “¿Qué pasa con los libros estoicos, que les gusta yacer en cojines de seda?” (Ménage, 2009) Será que la mujer no es capaz de alcanzar semejante resistencia moral. Es curioso que alguien acusado de manipular arbitrariamente la memoria no tenga las herramientas suficientes como para encontrar a una sola estoica profesional. Publio de Siria, “la mujer ama u odia, no hay término medio” (Ménage, 2009). No es así con otras escuelas de la época, como la pitagórica, la platónica, o la epicúrea. De esta última, denominada por sus contemporáneos como la piara, aún se conservan alguna que otra figura femenina. En el libro genealógico del escritor francés se mencionan a tres de estas filósofas, cuyos nombres son: Temista, Teófila y Leoncio. Todas ellas tenían algún tipo de relación de amistad, ya fuera con el Epicuro, o con alguno de sus colegas. Más allá de las mencionadas, en la actualidad, tenemos constancia de nueve filósofas más que pertenecieron a esta secta. Querestrata, la madre del maestro (no sé hasta qué punto, el hecho de ser la madre la hace partícipe); Nicidio, quien fue hija de Metrodoro y supuesta amante de Idomeneo; Hedia, Erotio, Mammario y Boídion, supuestas prostitutas del jardín según los testimonios del crítico de Epicuro, Plutarco; Batis, la hermana de Metrodoro y esposa de Idomeneo; Fedrion, una esclava; e incluso la emperadora Plotina, que aunque no estaba presente en el jardín a causa de haber nacido varios siglos después, se dice que era seguidora de la doctrina.

Como se puede observar, todas estas filósofas pertenecen a la secta, por haber tenido algún tipo de relación sexual con alguno de los miembros varones más ilustres. Es cierto que la mayoría de las menciones que hay sobre ellas se encuentran en la obra moral de Plutarco, quien no era un especial seguidor de esta filosofía. Por tanto, debemos ser especialmente escépticos con las causas que llevaron a estas personas a

integrarse en el jardín. Si solo jugaban un papel erótico en la secta, o si por encima de todo estaban por sus desarrollos intelectuales, es algo que desgraciadamente no vamos a conocer a ciencia cierta nunca. Si no hay escritos directos suficientes para respaldar la virtud de aquellas mujeres, un juez podría denegar la propuesta. Lo que sí es cierto es el hecho de que las acusaciones de parentesco vienen dadas por alguien a quien le convenia hacerlas. Queda a disposición de cada uno interpretar libremente. Aunque no deja de ser paradójico que se haya conservado el nombre de aquellas pensadoras gracias a la crítica de quienes las odiaban tanto por epicúreas, tanto por mujeres.

Es algo indudable el hecho de que aquellas personas tenían un peso importante dentro de las discusiones del jardín. Leontio, por ejemplo, fue citada por Cicerón, el cual, da una de cal y otra de arena, pues dice de ella que fue capaz de refutar a Teofrasto, aunque no debiera hacerlo. Dudo mucho que alguien que no tuviera una preparación puntera en filosofía hiciera frente teóricamente al que fue líder de la escuela peripatética durante treinta y seis años.

La escuela epicúrea y en particular sus integrantes femeninas, son la antítesis de los dogmas expuestos al inicio de este capítulo. Ni fueron suaves mediadoras, ni se callaron ante nadie; más bien, hicieron todo el ruido que pudieron, tomando un claro partido por aquella filosofía contra hegemónica que, en sus orígenes, ni pactó con el pensamiento establecido, ni con las normas sociales de la época. Menciona Diógenes Laercio que no eran pocos los habitantes de Atenas que le echaban en cara a Sócrates el hecho de que permitiera a su mujer hablar en público. Actitudes propias de un loco que acabaría siendo condenado a muerte por faltar el respeto a los dioses y alterar el orden público. La mediación y el silencio son un tipo de arma contra la injusticia, pero evidentemente no es la única. Hay otras como la osadía y la afrenta, que podemos cuestionar si son más o menos útiles, mas, sin duda alguna, honorabilidad no les falta. Estas últimas suelen ser castigadas con una humillación pública que se mantiene a lo largo de los siglos, haciendo que las victimas encuentren la penitencia en su castigo. Aunque llegará el momento en el que los insultos se sustituyan por alabanzas, en el que la desvergonzada osadía se convierta en heroísmo.

Conclusión

A modo de apunte final me gustaría dedicar este pequeño fragmento a la mera reflexión de los lugares y las voces. Hay mensajes de distintos agentes que no son capaces de ocupar los espacios más luminosos, como diría Platón, que están reservados para el ostracismo y la oscuridad que conlleva el pensamiento más enloquecido, que

no loco. Este trabajo no persigue la clarividencia de lo difuso, sino la medición, el dialogo con lo otro, con aquello que la maliciosa memoria sumergió en el olvido. La búsqueda de la verosimilitud racional de las voces silenciadas. No pretendo que sea un ejercicio de puro escepticismo, sino que partiendo de las capacidades que nos ofrece el conocimiento ir más allá de lo que se mantuvo grabado. Una carrera dialéctica hacia la cohesión histórica, pues a pesar de que sea más sencilla la repetición que la disrupción, no por ello es más conveniente.

Nos mantenemos firmes en la idea de que repitiendo hasta la saciedad las mismas mecánicas de investigación va a ser difícil rescatar nuevas conclusiones, es como un pescador que empata siempre anzuelos del mismo tamaño encarnados con las mismas tripas, va a ser complicado que esa noche cene algo distinto. Tenemos una gran fortuna pues la historia permite estos giros de guion, no nos fue revelada por nadie, sino que la vamos construyendo a medida que tenemos las herramientas para hacerlo. ¿Qué mejor forma de aprovechar dichos útiles que mediante el diálogo y la aceptación?

Referencias

- Aristófanes. (2016). *Comedias II. Las nubes - Las avispas - La paz - Las aves*. RBA Libros.
- Aurelius, M. (2021). *Marco Aurelio Meditaciones / Meditations*. National Geographic Books.
- Bruno, G. (1981). *Sobre el infinito universo y los mundos*.
- Carus, T. L. (1958). *De la naturaleza de las cosas de Tito Lucrecio Caro*.
- Cicerón, M. T., & Chico, A. E. (1998). Sobre la naturaleza de los dioses. *Pedr*.
- Cicerón, M. T. (2009). *Sobre la vejez. Sobre la amistad*.
- De Pizán, C. (2015). *La ciudad de las damas*. Siruela.
- De Pizan, C. (2020). El tesoro de la ciudad de las damas. Carta a la reina Isabel de Baviera. Editorial UNED.
- Eco, U. (2010). *El nombre de la rosa*. LUMEN.
- Epicteto. (2016). *El manual de Epicteto (Enkiridion): El Libro de Los 25 Parrafos*.
- Epicurus. (2017). *Principal doctrines*. Lulu.com.
- Hegel, G. W. F. (1997). *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*.
- Laercio, D. (2017). *Vida de los filósofos más ilustres*.
- Maquiavelo, N. (2024). *El príncipe: Edición Moderna*. Independently Published.
- Ménage, G. (2012). *Historia de las mujeres filósofas*. Herder Editorial.
- Plato, & De Azcarate, P. (2014). *Apología de Sócrates*. Createspace Independent Publishing Platform.

- Sedeño, E. P., & Auffret, S. (1994). *Conceptualización de lo femenino en la filosofía antigua*. Siglo XXI de España Editores.
- Seneca. (2016). *Tratados morales*. NoBooks Editorial.
- Sophocles. (1969). *Sófocles: Antígona; Edipo Rey; Electra*.
- Zambrano, M. (1977). Claros del bosque. En *Cátedra eBooks*.
- Zambrano, M. (2010). *El pensamiento vivo de Séneca*.